



*Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos.  
Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados.  
Bienaventurados los humildes[a], pues ellos heredarán la tierra.  
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados.  
Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia.  
Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios.  
Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios.  
Bienaventurados aquéllos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos.  
Bienaventurados serán[b] cuando los insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de Mí.  
Regocíjense y alégrese, porque la recompensa de ustedes en los cielos es grande, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes que ustedes.*

*Mateo 5:3-12*

## **BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS**

Esta primera bienaventuranza tiene un aroma y una amplitud que parecer abarcar a todas las demás: es casi un “título”, como si las posteriores especificaran y profundizaran la expresión “pobres de espíritu” que caracteriza a la primera.

Así, en esta primera bienaventuranza, al igual que en la última, aparece la expresión “Reino de los Cielos”. Ésta constituye, bajo un perfil literario y temático, una “inclusión”. Sirve para subrayar la fuerte unidad del pasaje: debe ser leído y comprendido en su conjunto, como si cada bienaventuranza proporcionara la pieza de un rompecabezas que sólo en su totalidad revela el corazón de Dios, la arrolladora novedad del Evangelio. Pero significa también que las conclusiones de las otras Bienaventuranzas, incluidas estas dos, focalizan y ponen en evidencia aspectos y dimensiones del Reino, es decir, son como los colores del iris en un único arco iris.

¿Quiénes son estos “pobres de espíritu” a los que Jesús proclama bienaventurados?

Podríamos traducir simplemente así la expresión: “bienaventurados los que son pobres delante de Dios”. No se trata ni de un puro criterio económico ni de una actitud espiritual exclusiva.

La pobreza de espíritu, el ser pobres delante de Dios, consiste en estar frente al Señor como un pobre, como alguien que no tiene riquezas o seguridades de las cuales jactarse o en las cuales confiar. Sin el Señor no tendría vida, porque Él es su vida.

Los pobres de espíritu son los que sienten y viven a Jesús como el don más precioso, la riqueza más grande su vida. ¡Su corazón es un cofre, pero contiene el Evangelio, contiene al Señor!

Esto cambia profundamente la relación con las personas y la relación con las cosas. Si en el centro de la vida está el don recibido, es decir, la gratuidad y el asombro del ser amados, entonces esto se convierte en “bienaventurado”, se es feliz por ser feliz, por dar alegría a los otros con el propio don, con el don de la propia vida: como acogimiento y como servicio. Ellos son “bienaventurados” porque hacen consistir su ser felices no en lo que poseen, sino en lo que dan, en lo que reciben como don y lo multiplican transmitiéndolo a los otros. Y dado que han recibido como un don el Evangelio, el Reino, la persona de Jesús, ésta es su alegría, y transmiten a los otros esa alegría

Pero esta “pobreza de espíritu” cambia también la relación con las cosas, con los bienes de la vida; con cuanto tenemos, poseemos y usamos. La persona de Jesús, recibida y vivida como la riqueza más grande, redimensiona y relativiza los otros bienes, sobre todo nos libera de la codicia, de esa ansia de posesión, de esa sed de tener y de usar que constituye el gran ídolo de nuestro corazón, de nuestra civilización occidental, pero que también es la gran ruina de la relación entre los pueblos y los países, y de la relación con los recursos del planeta.

¡En el centro está el don, no la posesión; el amar, no el tener!

Pero ser “pobres de espíritu” nos pone también en condiciones de “ver” a los pobres: ¡los efectivamente pobres, los pobres sin otro aditamento, que son un número creciente en nuestras ciudades y en nuestro país, son una enormidad trágica en el mundo!

Nos pone en condiciones de mirarlos con los ojos del corazón, con esa mirada de simpatía, de atención y de proximidad con la que Jesús los ha mirado y buscado, y los ha amado haciéndose uno de ellos: “los zorros tienen una guarida y los pájaros su nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde apoyar su cabeza”. Mirar a los pobres con los ojos de quien es “pobre de espíritu, pobre delante de Dios” quiere decir activar la cabeza y las manos: para comprender, para actuar, para resolver. Quiere decir también elevar la voz, infundir aliento a la conciencia, para que nuestras ciudades sean más humanas y nuestras comunidades cristianas estén más atentas a las personas, más enamoradas de los pobres, precisamente porque creen en un “Señor-pobre”: esta Bienaventuranza, las Bienaventuranzas, abren para nosotros, para la Iglesia, la senda incómoda y bella de la profecía.

En conclusión: no es la pobreza la que nos hace bienaventurados, es la bienaventuranza la que nos hace pobres en el corazón, en las relaciones, en las cosas. Es el Señor, el encuentro con la persona de Jesús, el Evangelio en el corazón lo que nos hace felices y sembradores de felicidad.

Mons. Mansueto Bianchi  
Asistente eclesialístico del FIAC, biblista



## EL HOMBRE DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

Beato Pier Giorgio Frassati



*“Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiera” (1 P 3,15).*

En nuestro siglo, Pier Giorgio Frassati, al que hoy tengo el gozo de proclamar beato en nombre de la Iglesia, encarnó en su propia vida estas palabras de San Pedro. El poder del Espíritu de Verdad, unido a Cristo, lo hizo moderno testigo de la esperanza que surge del Evangelio, y de la gracia de salvación que obra en el corazón del hombre.

Así se convirtió en el testigo vivo y el defensor valiente de esta esperanza en nombre de los jóvenes cristianos del siglo veinte.

La fe y la caridad, verdaderas fuerzas motrices de su vida, lo hicieron activo trabajador en el ambiente en que vivió, en la familia y en la escuela, en la universidad y en la sociedad; lo transformaron en alegre y entusiasta apóstol de Cristo, en apasionado seguidor de su mensaje y su caridad.

El secreto de su celo apostólico y de su santidad hay que buscarlo en el itinerario ascético y espiritual que recorrió; en la oración, en la perseverante adoración, incluso nocturna, del Santísimo Sacramento, en su sed de la palabra de Dios, escrutada en los textos bíblicos; en la serena aceptación de las dificultades de la vida, incluida la familiar, en la castidad vivida como disciplina alegre y sin compromisos; en la predilección diaria del silencio y la “normalidad de la vida”.

HOMILÍA DE SS JUAN PABLO II EN LA SOLEMNE MISA DE BEATIFICACIÓN  
DEL SIERVO DE DIOS PIER GIORGIO FRASSATI -20 DE MAYO DE 1990



A mí siempre me gusta asociar las Bienaventuranzas con el capítulo 25 de Mateo, cuando Jesús nos presenta las obras de misericordia y dice que en base a ellas seremos juzgados.

Les invito por ello a descubrir de nuevo las obras de misericordia corporales: dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los desnudos, acoger al extranjero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: aconsejar a los que dudan, enseñar a los ignorantes, advertir a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, soportar pacientemente a las personas molestas, rezar a Dios por los vivos y los difuntos.

Como ven, la misericordia no es “buenismo”, ni un mero sentimentalismo. Aquí se demuestra la autenticidad de nuestro ser discípulos de Jesús, de nuestra credibilidad como cristianos en el mundo de hoy.

A ustedes, jóvenes, que son muy concretos, quisiera proponer que para los primeros siete meses del año 2016 elijan una obra de misericordia corporal y una espiritual para ponerla en práctica cada mes. Déjense inspirar por la oración de Santa Faustina, humilde apóstol de la Divina Misericordia de nuestro tiempo:

*«Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla [...] a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos [...] a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mis prójimos sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos [...] a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras [...] a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio [...] a que mi corazón sea misericordioso para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo» (Diario 163).*

PAPA FRANCISCO PARA LA JMJ CRACOVIA 2016

Escribanos a este correo electrónico  
**info@fiacifca.org** o en Facebook (difundir la página!)  
[www.facebook.com/fiacyouthcoordination](http://www.facebook.com/fiacyouthcoordination)  
o Twitter @infosf2015  
**www.catholicactionforum.org**